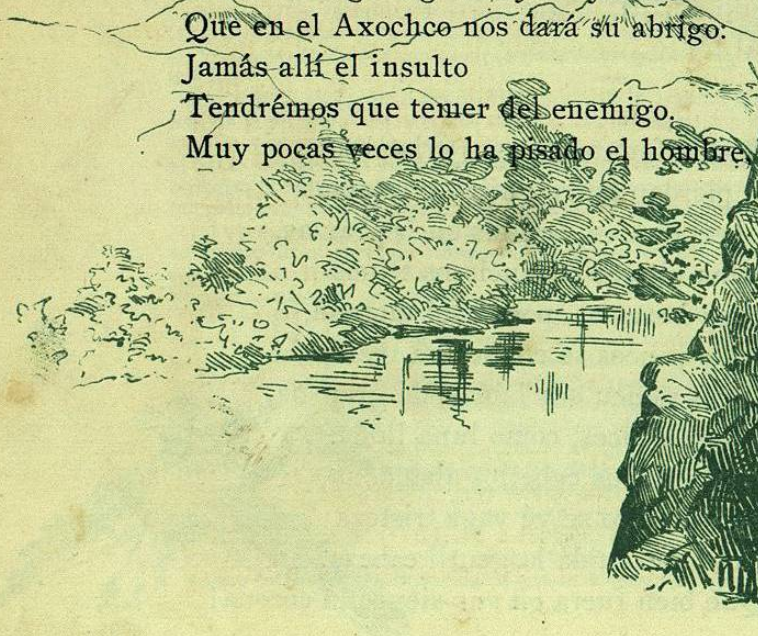


Blanco hueipilli que su talle abarca
Sobre el vestido azul baja ligero.
A su lado está un joven, un guerrero,
Un señor ¡el monarca!
—Oh, Tecuixpo, le dice, yo reclamo
Una palabra que el valor reavive.
¡Yo siento que no vive!.....
A tu lado soy débil, porque amo.
Tú eres la Emperatriz. De tí la historia
Siempre se ha de acordar y de este día.
Recuerda que nuestro hijo, esposa mía,
Si no mi trono, heredará mi gloria.
¡Habla! No dejes que en el polvo ruede
De mis padres la gloria y poderío.
Piensa que el hijo mío
También mi deshonor heredar puede.
Se irguió la joven, le tomó las manos
Y llorando le dijo:
—Hablo en nombre de mi hijo;
De los dioses respeta los arcanos.
Dí ¿qué me hablas de gloria,
Insensato guerrero?
Escribirá la historia el extranjero,
Escribirán extraños nuestra historia.
Para ellos ¿qué serás? Un obstinado
Que á sus pueblos arruina,
Y cae, de sus pueblos despreciado,
Víctima de la cólera divina.
Si acaso mueres, yo seré una esclava,
Yo que tanto te he amado;
Seguirá mi hijo tan infausta suerte,
Y él ha de maldecir, encadenado,
Tu valor, y tus glorias, y tu muerte.
Sé de un lugar agreste y muy oculto
Que en el Axochco nos dará su abrigo.
Jamás allí el insulto
Tendremos que temer del enemigo.
Muy pocas veces lo ha pisado el hombre.



En él tendrás cuanto á tu amor ansío;
La floresta en el agua, ese es su nombre.
¡Ese será tu imperio, dueño mío!
Tú y yo en su dulce y apartada zona
Vivir podremos, en amor creciente,
Los dos para los dos únicamente.
¿Quieres ser rey? Mi amor es tu corona.
Y echó los brazos del monarca al cuello,
Y le habló en tono cariñoso y blando,
Mientras iba enjugando
El llanto de los dos con su cabello.
Y en frases incoherentes y sentidas
Le habló de su cariño,
Y le habló de su niño,
Y de los lazos que unen sus tres vidas.
—Tú eres mi rey, ansiosa le decía,
Oye, sin tí soy nada.
Y lo bañó con lánguida mirada,
Y el joven de placer se estremecía.
—Qué ¿no te basto á tí? ¿Dicha suprema
No es el amor de la que ciega te ama?
¿Por qué otro amor tu corazón inflama?
¿Para qué necesitas la diadema?
Tu corazón, Guatimotzín, reclamo,
Ven, ven, que mi ternura es infinita.
Si tu Patria tu vida necesita
No la ames más que á mí, porque te amo!
Y con sus besos cariñosos enjuga
De nuevo el llanto que el guerrero vierte,
Y á su oído le dice: —¡Esa es la muerte!
Y un instante después: —¡Y esta es la fuga!
Se postró sus rodillas abrazando,
Y él dijo, dominando el sentimiento:
—Al fin mujer!.....

..... y la arrojó violento.
Y de aquel sitio se alejó llorando.

RAMÓN VALLE.



JUSTICIA POPULAR.

(Cuadro Rústico).

SON las diez de la mañana, y el sol
quema, abrasa en el valle. Lluève
fuego en la rambla del cercano río,
y la calina principia á extender sus
velos en la llanura y envuelve en gasas
las montañas. Ni el vientecillo más leve
mueve las frondas. Zumba la *chicharra*
en las espesuras, y el carpintero golpea
tenaz el duro tronco de las ceibas. En
las arenas diamantinas de la rivera cen-
tellea el sol, y en pintoresca ronda un en-
jambre de mariposas de mil colores bus-
ca en los charcos humedad y frescura.

El bosque de *huarumbos*, de higue-
ras bravías, de sonantes bananeros y de
floridos *jonotes* convida al reposo, y las
orquídeas de aroma matinal embalsa-
man el ambiente.

En el cafetal sombrío, húmedo y fres-
co, todo es bullicio y algazara, ruido de
follajes, risas juveniles, canciones dichas
entre dientes, carcajadas festivas.

Temprano empezó el corte, y buena

parte del plantío queda despojado ya de
sus frutos purpúreos.

Límite del cafetal es un riachuelo de
pocas y límpidas aguas, protegido por
un toldo de pasionarias silvestres que
de un lado á otro extienden sus guías y
forman tupidísima red florida, entre la
cual cuelgan los maduros globos, las nec-
táreas granadas campesinas. En las po-
zas, bajo los *cacaos*, media docena de
chicos, caña en mano, y el rostro ra-
diente de alegría, pescan regocijados.
Cada pecesillo que cae en el anzuelo
merece un saludo. En tanto, en el ca-
fetal sigue el trabajo, se enreda la con-
versación entre mozas y mozos, y en
los cestos sube hasta desbordarse la ro-
ja cereza.

Cuando calla la gente en la espesura,
y los granujas, atentos á la pesca, se es-
tán quedos, resuena, allá lo lejos, acom-
pasado ruido, el golpe acompasado de
los majadores: tan! tan! tan!



¡Buena cosecha! Antonio, el dueño del rancho, está contento. El año ha sido pródigo; los cafetos se rinden al peso de los frutos, y ya están listos, en bodega, quince quintales completos que darán á su dueño, vendidos en Pluviosilla ó en Villaverde, cuatrocientos veinticinco duros. ¡Y lo que falta por levantar!

En el rancho todo es alegría. Trabaja mucha gente. Delante de la casa, en grandes petates, se tuesta al sol buena cantidad del preciadísimo grano, los majadores trabajan también que es una gloria el verlos, y en el portalón, en varios grupos, las *limpiadoras* apartan el *caracolillo* y la *planchuela*.

Antonio vigila celoso las labores; Mercedes, su esposa, trajina adentro; el humo sube en leve espiral del pajizo techo de la casa, y el palmear de las tortilleras anuncia que ha llegado, ó no tardará en llegar, la hora del almuerzo. El humo de la leña húmeda que arde en el *tlecuile* inunda casa y portalón, se filtra entre los muros de caña, y asciende lento y azulado hacia las regiones despejadas del cielo. Delante de la casa, en el espacio libre, bajo los naranjos cargados de fruto, cerca del vallado de carrizos que circunda el huertecillo, cacarean las ponedoras, cloquean las cluecas, pían tímidamente los polluelos de la última nidada invernal, y el gallo, un gallo giro, de espolones recios y cresta amarotada, orgulloso y envanecido de sus odaliscas, se pasea con aire triunfador, hace la rueda á la más linda, y, de tiempo en tiempo, lanza á los vientos su imperiosa voz: ¡¡quiquiriquí!!

Charlan de muchas cosas los del portalón. Pancho, el más garrido mozo, habla de cacerías con los menores; tía Chepa, de sus achaques y dolencias; tío Juan, de su vida de soldado, de sus hazañas contra los yankees; y las mozas, todas de ojos negros y vivarachos, mientras sus dedos apartan los granos, no dan paz á la lengua, y hablan de cierto mancebo *charreador*, gala y orgullo de la comarca, ganancioso en las últimas carreras de *Cuichapan*, cosechero pesado, y un tipo de lo más reguapo cuando

pasa en el Tordo, terciado el *zarape* multicolor, al desgair el galoneado sombrero, y firme y apuesto en la escarceadora caballería. Sonríen maliciosas, y bromean, y lanzan amables indirectas á Nieves, la hija de Antonio, que, según dicen, es la preferida del doncel.

—Oye, Clara: —dice una, riendo y mostrando la blanca dentadura— dice Nieves que nó! ¡Figúrate! Si yo la vi embobada, con la boca abierta, contemplando á Daniel. Y el otro, tan descaramado, que no le quitaba los ojos.

—Los ojos aquellos, que parecen brasitas. . . . ! —murmura otra.

Nieves baja la vista avergonzada, y finge que no oye lo que sus amigas están diciendo.

Salta tía Chepa, y dice en tono de jeso:

—¡Ah, muchachas! ¡Ustedes sólo piensan en que se han de casar. . . .

Y volviéndose á sus compañeras:

—Pa las riumas, nadita como la tripa de Judas! . . . En injusión de aguardiente, tibiecita, por la noche, y donde duele, talla y talla, y frota que frota, hasta que se embeba! Y, de de veras, como con la mano. La riumas vienen del aire, y por eso se quitan con yerbas de olor.

Pancho, muy serrote y grave, satisfecho de su auditorio, sigue contando sus aventuras de caza:

—Los perros comenzaron á latir, y yo dije: allá voy! Y pa allá me fuí! Le metí espuelas al cuaco, y. . . . arriba! De que yo ví la cuernamenta, cargué la escopeta, y me aguardé entre los acahuales. El venao que pasa y yo que le tiendo el fusil, y que le afijo un tiro, y otro! Saltó el animal, cayó, volvió á saltar, se alzó, siguió corriendo, y yo tras él! Ya le iba yo á apuntar de nuevo, cuando lo ví que tambaleaba. Se arrastró entre los huichaches y fué á caer entre las yerbas del arroyo. Los perros venían latiendo. Yo llegué antes que ellos, agarré el cachicuerno, y ¡zas! lo degollé! ¡De veras que mi escopeta es buena! ¡Los dos tiros juntos! ¡Mira si es buena!

Todos charlan y trabajan alegrementemente, cuando de pronto, una exclamación de Marcelino, el majador que está más cerca del portalón, interrumpe la charla.

—¡El chitero!

—¡El chitero!—contestan á una, corriendo hacia afuera, para ver el gavilán, que anda cerca.

Ciérnese en el espacio, ó en rapidísimo giro va y viene, buscando con mirada fascinadora, á través del follaje, á los tímidos polluelos.

El gallo dió la voz de alerta; huyeron las gallinas hacia lo más espeso del cafetal, en busca de refugio, y los polluelos se agolpan en torno de la clueca ó se esconden medrosos bajo las alas maternas. Sólo una, la más bella, una de copete rizado y nivea pluma, madre joven é inexperta, parece indiferente, y cloquea tranquila mientras los hijos asustados la buscan presurosos.

El gavilán va y viene. Ya la vió, la acecha. En rápido descenso baja como una saeta, y rozando el suelo con la punta de las alas, recorre el corral, y se va, llevándose mísero polluelo, el más lindo, el más blanco, el más vivo! En vano ha querido defenderle la madre. De nada le sirvieron á la infeliz el afilado pico y las alas robustas. El *chitero* se remontó con su presa, y huye, para devorarla en un picacho de la sierra.

El gallo tiembla; las odaliscas han desaparecido, y sólo se oye, allá en la espesura, un grito débil, con el cual avisan que el enemigo está cerca, que es preciso huir y esconderse en lo más tupido de los matorrales.

De pronto exclama Pancho:

—¡Ya volverá!

Y corre apresurado hacia la casa. No tarda en salir. Trae la escopeta, y, al cargarla, murmura entre dientes un terro amenazador. Nadie habla. El mancebo sale al llano. Los chicos que pescaban en el arroyuelo le siguen, mientras la tía Chepa corre hasta lo más recóndito del bosque.

De allí vuelve á poco, persiguiendo á las gallinas. Éstas, azoradas, corren hacia el portalón. Tranquilas y descuidadas, al abrigo del pajizo techo, se creen seguras, y el gallo torna á sus requiebros y paliques, y las gallinas á su cacareo, y las cluecas á cloquear, y los polluelos vagan alegres y olvidados del

peligro que les amenaza. Sólo la cope-tona blanca está triste y apenada. ¡Ha perdido un hijo!

—¡Ahí viene!—gritan de pronto las mujeres—¡Silencio!

El gavilán vuelve en busca de otra presa. Seguro de arrebatarla vuela victorioso. Se aproxima lentamente, como si fuera hacia ranchos lejanos. . . . Pero repentinamente acelera el vuelo, duplica la fuerza de sus remos, sube y baja, trazando en el espacio curvas caprichosas, y de pronto cae en el corral. Suena un tiro, y el rapaz carnívoro, herido en una ala, viene á tierra, voltejeando y vencido. El tiro del mozo fué certero. Resuena en el portalón un grito de júbilo. La chiquillería corre en tropel, y se agolpa en torno del ave moribunda.

Pancho, con la escopeta al hombro, muy orgulloso de su puntería, acude también.

Las mujeres comentan y celebran calurosamente la muerte del *chitero*. Los chicos quisieran hacerle pedazos. El ave, moribunda, casi exangüe, aletea y se agita con las convulsiones de la agonía.

El mozo mira un rato á su víctima y llama la atención de los niños acerca de las pujantes garras del animal.

—¡Ahora, muchachos, á colgarlo! ¡En el jobo del camino!

Momentos después, entre los gritos de los muchachos, y saludado con silbidos, el gavilán queda pendiente de la rama más vigorosa del copado *jobo*. Aun está vivo el rapaz; pasea en torno suyo los feroces é inyectados ojos, aletea de cuando en cuando, y por fin expira en uno ú otro balanceo. Las poderosas y anchas alas quedan laxas; las corvas garras quedan crispadas, y del abierto y amarillento pico se desprenden, lentas y pausadas, gruesas gotas de sangre, negras, espesas y humeantes.

—¡Viva Pancho! ¡Viva!—gritan los chicos, y se retiran del patíbulo tarrando un toque militar. ¡Tan, tarrán, tan. . . . tan, tarrán, tan! ¡Rataplán!

México, Julio de 1895.

R. DELGADO. (*)

(*) Socio de número de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.—N. de E.